

César Chaparro Gómez

Modelos y ejemplos de mujer en la obra de Cornelio Agrippa *De nobilitate et praecellentia foeminei sexus*

1 Introducción

El humanista alemán Enrique Cornelio Agrippa de Nettesheim (1486–1535) es uno de los talentos más sorprendentes y discutidos del siglo XVI y, sin embargo, es de los menos conocidos en nuestro país.¹ Le sucede lo mismo que lo ocurrido a personalidades de gran importancia cultural e histórica, que desaparecieron envueltas en una nube de ridiculidad y excentricidad, tras la que el siglo XIX las envolvió, y de la que estudios recientes han comenzado a rescatarlas. En la persona de Cornelio Agrippa están representadas tres de las características más relevantes de muchos de los grandes humanistas europeos de la primera mitad del siglo XVI: viajero, comprometido y polifacético. Una simple ojeada a su no muy larga trayectoria vital lo confirma: tras formarse como jurisconsulto y médico en Colonia, su ciudad natal, su vida es un continuo trasiego por Europa al servicio de los grandes y poderosos personajes de la época. Durante estos infatigables viajes entra, asimismo, en contacto con las grandes figuras intelectuales del momento, estudiando la exégesis de J. Colet, manteniendo relación epistolar con Erasmo de Rotterdam, interviniendo en los debates de la pre-Reforma a favor de J. Reuchlin y de J. Lefèvre d'Étaples y enfrentándose a la Inquisición.² De su variada producción literaria, podemos citar entre otras obras: *De occulta philosophia libri tres* (1533), *De incertitudine et vanitate scientiarum et artium* (1527), *Commentaria in artem brevem Raimundi Lullii* (1533) y el pequeño tratado *De nobilitate et praecellentia foeminei sexus* (1529), del que trataremos en esta contribución.

¹ El acercamiento a la figura de Cornelio Agrippa y a la obra que nos ocupa vino por nuestra participación en el curso que bajo el título *La mujer en la Europa renacentista y en el Nuevo Mundo* tuvo lugar en el Monasterio de Yuste (Cáceres) del 17 al 19 de julio de 2019, organizado por la Fundación Academia Europea e Iberoamericana de Yuste. Fruto de esa participación es nuestra contribución en un volumen editado por la propia Fundación (Chaparro 2020: 81–107).

² Para un conocimiento de la biografía de Cornelio Agrippa se puede consultar la introducción que nuestro colega Manuel Mañas (a quien damos las más sinceras gracias) hizo en su momento del personaje (Mañas 2013). También puede verse, además de la bibliografía citada por el Dr. Mañas, el artículo de Ignacio María Salazar (1988: 123–127).

César Chaparro Gómez, Universidad de Extremadura

2 Significado y finalidad del *De nobilitate et praecellentia foeminei sexus*

El origen del *De nobilitate* (“Sobre la nobleza y superioridad del sexo femenino”) hay que buscarlo en la lección inaugural que Agrippa pronunció en 1509 en la Universidad de Dôle, en la que comenta el *De verbo mirifico* de J. Reuchlin y que ofrece como obsequio a Margarita de Austria, hija del emperador Maximiliano. Este pequeño tratado pertenece a los tratados más populares de Agrippa. Sus numerosas traducciones así lo atestiguan: en el siglo XVI, se hicieron cinco versiones francesas, dos alemanas, dos inglesas y dos italianas. Esa popularidad se explica por el hecho de que durante el siglo XVI, en pleno Renacimiento, jugó un papel importante la literatura a favor y en contra de las mujeres, que encontró su zénit entre 1541 y 1555 y que constituyó la llamada *Querelle des femmes*.³

Es en este contexto en el que ha sido estudiado y analizado el librito de Agrippa. Así, hay autores que afirman que el *De nobilitate* es una adaptación mediocre, incluso un mero plagio de la obra de Rodríguez del Padrón, el *Triunfo de las doñas*. Es más, algún estudioso la ha definido como un “sofisma lamentable que se destruye a sí mismo”. Ello está influido por la parcial opinión de que Agrippa era un sofista cuyas *declamationes* no deben ser tomadas en serio. Hoy en día los estudiosos han intentado ir más allá de esa visión tradicional y han puesto de manifiesto el peso filosófico y teológico de la obra de Agrippa (Perrone 2006: 59–80). Sin embargo, a pesar de los esfuerzos hechos por darle a la obra un significado más profundo, su interpretación entre los especialistas permanece ambivalente: el status del tratado como una *declamatio* continúa siendo interpretado en ocasiones como un signo de ambigüedad o simplemente de la falta de seriedad del autor.

3 En efecto, el libro de Cornelio Agrippa es un eslabón en la cadena de los escritos, en este caso, a favor de la mujer. Como ejemplos más cercanos a este tratado tenemos, entre otros, el de Christine de Pisan (1364–1430) que fue protagonista en un bien conocido debate literario sobre el *Roman de la Rose* y autora del poema didáctico *Le livre de la cité des dames* (1404), en el que defiende a las mujeres haciendo hincapié en que pueden ser tan competentes como los hombres y que, incluso, pueden superarlos en fidelidad, piedad y habilidades profesionales. Martin Le Franc expresa su admiración por Christine de Pisan en su poema *Le Champion des dames* (1442). Y Juan Rodríguez del Padrón (o de la Cámara) en España, a mediados del siglo XV, escribe una corta pieza en prosa, titulada *Triunfo de las doñas*, en el que se dan cincuenta razones de la supremacía de la mujer.

Para llegar a una comprensión más exacta de la obrita de Agrippa, conviene ahondar en la respuesta a la pregunta ¿qué es una *declamatio* en el Humanismo renacentista y más en concreto en el pensamiento de Cornelio Agrippa? Las reflexiones de Agrippa a este respecto las podemos leer en su *Apología contra las calumnias vertidas con ocasión de su libro acerca de la vanidad de las ciencias*. Son reflexiones precisas sobre la idiosincrasia del género declamatorio; en ellas explicita que la *declamatio* no es un discurso donde el autor profese doctrinas o dicte verdades, sino donde se formula una opinión fundada en argumentos relativos a diversos puntos susceptibles de ser discutidos, utilizando para ello todos los medios oratorios y estilísticos que la retórica pone a su alcance. Se parte, por tanto, del principio de que la *declamatio* es un género retórico que responde a la formulación antigua de la *argumentatio in utramque partem* (“argumentación a ambos lados, en ambos sentidos”). Es decir, la cuestión que se trata, lejos de hacer dogmatismo, está aún por decidir, porque el que escribe una declamación no dicta una sentencia irrefutable ni dogmatiza sobre el tema en cuestión. Esto se puede comprobar en las palabras que cierran este tratado de Agrippa: “Si alguien más escrupuloso en sus investigaciones encontrara algún argumento que yo haya pasado por alto y pensase que debía añadirlo a esta mi obra, lo consideraré no como una refutación que me hace, sino como una contribución”.⁴ Su propósito, más bien, es el de articular un discurso de contenidos claros donde, manteniendo una de las posturas posibles, pero apoyadas en argumentos racionales, *ejemplos* y autoridades, invita al lector a formarse su propia opinión sobre el tema tratado.

Por otra parte, la forma de razonamiento en esta obra es la defendida por Agrippa para los discursos teológicos. En múltiples pasajes explica inequívocamente que su obra no es un ensayo epideíctico estandarizado o al uso (en este caso, de elogio), en el que los hechos son sacrificados al elogio, sino una argumentación seria que presenta una serie de razonamientos relevantes, testimonios y *ejemplos* que prueban que su punto de vista concerniente a la materia y de los que echa mano, son convincentes. Simultáneamente, Agrippa enfatiza

⁴ Aportamos los textos en español, en una traducción (no publicada) que, salvo ligeras modificaciones, es de Manuel Mañas. Para el texto latino se ha utilizado la edición que de la obra se hizo bajo la dirección de R. Antonioli (1990); en esta edición, cuyo texto latino carece de división en capítulos y párrafos, hay una traducción al francés y una importante introducción que hemos consultado también. Asimismo, tenemos una traducción, relativamente reciente, que incorpora a su vez una corta introducción y que ha sido realizada por S. Jubany (1999). Al final de cada texto original en español, damos **entre corchetes** la página de referencia de la edición latina. En este caso, el pasaje pertenece al final de la misma [89].

que su argumentación no es exhaustiva y que espera (como apunta al final del libro) un intercambio académico de puntos de vista sobre este asunto.

Finalmente, y dejando a un lado el sesgo que al libro de Agrippa le da el ser una *declamatio*, se puede afirmar que no se trata de una pieza literaria en la que sin más el autor ensaye ideas reunidas en un stock o depósito formado con anterioridad, sino que, en nuestra opinión, es esencialmente un pequeño tratado de claras connotaciones teológicas. En él, nuestro autor expone su interpretación, ciertamente controvertida, del texto bíblico de la creación en el Génesis, más en concreto del nacimiento de la primera mujer y de la economía del pecado original. En esencia su argumentación estriba en el hecho de que la mujer no es, contrariamente a las afirmaciones tradicionales de la Iglesia, es decir de los teólogos y del clero, inferior al hombre, responsable del pecado original, y sometida, más que el hombre, a las tentaciones de la carne, sino que ella es igual a él, superior incluso por los dones del corazón y del espíritu e injustamente reducida a una condición menor en la sociedad por la tiranía y la mala educación. Esta opinión se opondría en todos los ámbitos (divino, legal, natural y eclesiástico) a la tradición de misoginia dominante en la teología y praxis cristianas. En este sentido, encuadraríamos a Cornelio Agrippa en el grupo de teólogos humanistas, exégetas del texto bíblico (a la manera de Erasmo de Rotterdam o el propio Lutero), que por sus conocimientos filológicos –conocimientos del griego y en este caso, también del hebreo– “hincan el diente” en las Sagradas Escrituras, analizan y traducen sus pasajes y los interpretan de forma distinta a como lo hicieron anteriormente los teólogos medievales. Como es natural, el sacudimiento que se produjo en los propios cimientos doctrinales y morales de la Iglesia fue tremendo, con claras repercusiones también sociales y culturales.

3 Modelos de mujer en el *De nobilitate*

Ya se ha apuntado la intención o finalidad última que tiene el opúsculo que Agrippa dedica a la princesa Margarita de Austria: demostrar que Dios creó al hombre y a la mujer iguales. Sin embargo, dejando aparte esa esencial igualdad, la mujer –sigue afirmando Agrippa– supera al hombre en los demás constituyentes del ser humano, afirmación que probará mediante los testimonios de las mejores autoridades, evidencias históricas y argumentos bíblicos y legales. A ello se añadirán numerosos *ejemplos* paradigmáticos, sacados de la Biblia y de la historia pagana, y referidos a las distintas cualidades que la mujer posee y a las funciones que ha desempeñado en los diferentes ámbitos de la vida a lo largo de la historia.

Este objetivo y los medios para conseguirlo aparecerán en varias ocasiones a lo largo del libro. Ya están explícitos en la *Dedicatoria* a Margarita:

Proclamaré, por tanto, la gloria de la mujer y no silenciaré su honestidad, y tan lejos estoy de avergonzarme del tema escogido y de pensar que voy a ser vituperado por anteponer las mujeres a los hombres, que apenas confío en verme excusado por haber abordado un tema tan sublime con un estilo oratorio más bajo de la cuenta, salvo que la escasez de tiempo y la dificultad del asunto, por un lado, y la equidad de la causa, por otro, me protejan, pues he emprendido esta obra sin ningún afán de adulación y loa y, por ello, he puesto mi empeño, no tanto en adornar las palabras de alabanza con imágenes retóricas y mentiras oficiosas, como en demostrar el asunto en cuestión de forma racional, con autoridades, *ejemplos* y los propios testimonios de las Sagradas Letras y de ambos derechos [48].

Del mismo modo, en la conclusión y resumen del tratado, Agrippa recordará una vez más, cuál ha sido la finalidad de su exposición y los instrumentos utilizados en la argumentación. Entre estos destacan los *ejemplos*:

Ahora, en fin, para resumir todo lo dicho lo más brevemente posible, hemos declarado la superioridad del sexo femenino a partir del nombre, del orden, del lugar y de la materia; y hemos demostrado abundantemente, con argumentos racionales y con *ejemplos*, qué dignidades ha obtenido la mujer por encima del varón, primero de parte de Dios y luego de parte de la religión, de la naturaleza, de las leyes humanas y de las diversas autoridades [89].

A la vista de estas manifestaciones, la introducción en el texto del *De nobilitate de ejemplos* de diferentes mujeres, que han superado a los hombres en acciones dignas de mérito, ha de ser interpretada como un apoyo más de su argumentario: la constatación de la excelencia del sexo femenino. Agrippa no pretende realizar un catálogo de mujeres eminentes, virtuosas, bellas y valientes, ni una relación de sus actuaciones más sobresalientes. De hecho, en un momento de su argumentación –a la par que se excusa por no ser exhaustivo en una relación detallada de mujeres que destacan en diferentes esferas de la vida personal y social– remite a los autores que resultan “clásicos” en este tipo de noticias y que, de una u otra forma, le han servido de fuente. Así dice:

Podría además pasar revista a innumerables mujeres muy eminentes tanto de la historia antigua como reciente de los pueblos griegos, romanos y bárbaros, pero he querido atender a la brevedad para no inflar excesivamente esta obra. En efecto, sobre ellas escribieron ya Plutarco, Valerio, Boccaccio y otros muchos autores. Tal es el motivo por el que los casos que he callado son más numerosos que los muchos que he citado en alabanza de las mujeres, pues no soy yo tan ambicioso ni orgulloso como para creer presuntuosamente que puedo abarcar con tan pocas palabras las infinitas excelencias y virtudes de las mujeres [82].

Por lo dicho, se puede afirmar que la presencia de ejemplos (*exempla*) o paradigmas de mujeres en el *De nobilitate* corre pareja a los pasos que Agrippa va

dando en su argumentación, cuyos puntos importantes ponemos de manifiesto a continuación de forma breve. En una hipotética primera parte del tratado Agrippa pretende justificar razonablemente (él habla de *rationes*) la superioridad del sexo femenino a partir del *nombre* de la primera mujer, del *orden* que ocupa en la creación, del *lugar* en el que fue creada y de la *materia* de la que fue hecha. Pues bien, en el razonamiento sobre el *lugar* de nacimiento, Agrippa echa mano de un testimonio bíblico que alude a la elección del lugar, relacionada con la condición de la mujer: “. . . de forma que cuanto más dignas son las cosas nacidas en un lugar, tanto más nobles se juzgan. Por ello, Isaac ordenó a su hijo Jacob que no tomara esposa de la tierra de Canaán, sino de Mesopotamia, en Siria, pues eran de mejor condición” [54].⁵

3.1 Ejemplos de belleza femenina

Es en la argumentación referida a la *materia* de la que fue creada la primera mujer donde aparece una relación más extensa de mujeres que se han distinguido en este ámbito a través de la historia: la mujer es más noble que el varón porque fue creada a partir de una materia purificada, vivificadora y dotada de alma, mientras que el hombre fue creado de algo inanimado, del vil barro. De ahí que la especial cualidad de la mujer se materialice en la experiencia diaria en dos caminos diferentes. El primero se concreta en que las mujeres son más bellas y hermosas que los hombres; el segundo, en que son más dignas. Belleza y dignidad son las cualidades preeminentes de la mujer.

La belleza, que es la primera de las cualidades derivadas de la materia de la que está creada la primera mujer, es definida por Agrippa como la expresión física de la luz divina reflejada en la esencia de las cosas. Esa gracia y luz divinas encuentran su más pura expresión en el cuerpo de la mujer. La descripción que Agrippa hace del cuerpo femenino contiene los elementos estandarizados de la belleza tal como lo expresan la poesía y la pintura del Renacimiento, así como los criterios neoplatónicos de la belleza, tales son la simetría y las proporciones ideales. Por ello no es de extrañar que las primeras referencias sean las realizadas al ámbito de los amores entre dioses y mujeres, propio de la mitología grecolatina: “Y pasando por alto las historias que los poetas nos han transmitido sobre los amores de los dioses y las mujeres que amaron, como el amor de Apolo por Dafne, el de Neptuno por Salmonea o el de Hércules por Hebe,

⁵ Gén. 28.6. Las abreviaturas de los libros bíblicos son las utilizadas en la versión que en la BAC se hizo recientemente (Sagrada Biblia 2010).

Yole y Ónfale,⁶ y omitiendo también las mujeres que los demás dioses amaron, siendo especialmente numerosas las que el mismo Júpiter amó . . .” [56–57].

Sin embargo, Agrippa concede de inmediato a ese retrato ideal (con sus correspondientes ejemplos paganos) una connotación teológica, ampliándolo con un significativo número de pasajes del Antiguo Testamento en los que el atractivo físico de las mujeres es mencionado.⁷ El argumento se redondea con la mención a la belleza de las vírgenes y mártires, y termina con la alusión a la virgen María, cuya hermosura admiran el sol y la luna. Merece la pena dar el texto completo, que, además, constituye un claro ejemplo de cómo presenta Agrippa los modelos femeninos:

Por ello se lee en el Génesis que los hijos de Dios, viendo que las hijas de los hombres eran hermosas, escogieron a sus esposas de entre aquellas mujeres que quisieron.⁸ Lee-mos también de Sara, la de Abrahán, que fue más hermosa que las otras mujeres de la tierra; más aún, que fue la más hermosa.⁹ Del mismo modo, cuando el siervo de Abrahán vio la eximia hermosura de Rebeca, dijo calladamente en sus adentros: “Ésta es la que el Señor ha escogido para Isaac, el hijo de Abrahán”.¹⁰ Y Abigail, esposa de Nabal, el peor de los hombres, era tan prudente y cabal como hermosa, y por ello salvó la vida y los bienes de su esposo de la furia de David; y su malvado marido se salvó por la belleza de su esposa. David, en efecto, se dirigió a ella en los siguientes términos: “Vete en paz a tu casa. Ves que he escuchado tus palabras y que he honrado tu cara”.¹¹ Efectivamente, aunque toda belleza puede residir en el espíritu, en la voz o en el cuerpo, Abigail fue hermosa en su conjunto, tanto por la prudencia de su espíritu, como por la facundia de sus palabras y la belleza de su cuerpo, cualidades por las que, una vez muerto su marido Nabal, se convirtió en una de las esposas de David.¹² Y Betsabé fue una mujer hasta tal punto hermosa que David, cautivado por su amor, se casó con ella tras la muerte de su marido y la elevó a la dignidad de reina por encima de todas las demás.¹³ Asimismo, la sunamita Abisag, por ser una chica muy hermosa, fue escogida para que se acostara con

6 Sobre los amores de Apolo y Dafne, cf. Ovidio, *Met.* 1.452–582; sobre los de Neptuno y Sal-monea, cf. Ovidio, *Am.* 3.6.43 y Propercio 3.19.13; sobre los de Hércules con Hebe, cf. Ovidio, *Met.* 9.400; con Yole, cf. Ovidio, *Met.* 9.140; con Ónfale, cf. Propercio 3.11.17.

7 Resulta de especial relevancia el acopio y amontonamiento de términos referidos a la belleza y hermosura de las mujeres mencionadas; son repetidos una y otra vez nombres como *pulchritudo*, *venustas*; adjetivos como *pulchra*, *speciosa* (la mayoría de las veces en grado superlativo); sintagmas de tipo de *decora facie*, *venustate corporis*, *specie pulchra*, *speciosissimae formae*, etc.

8 Gén. 6.2.

9 Gén. 12.11.

10 Gén. 24.14–16.

11 I Sam. 25.35.

12 I Sam. 25.39–42.

13 II Sam. 11.2–27; 12.24; I Crón. 3.5; Mt. 1.6.

el rey David y devolviera el calor a su cuerpo ya envejecido.¹⁴ Por ello el anciano rey quiso engrandecerla con los máximos honores y, tras la muerte del rey, fue tenida como reina todopoderosa. A este mismo punto se refiere todo lo que se lee sobre la admirable hermosura de la reina Vasti¹⁵ y sobre Ester, que fue preferida a aquélla y más eminente por la extrema belleza y hermosura de su rostro.¹⁶ También sobre Judit leemos que el Señor le concedió una hermosura tan excelsa que todos los que la contemplaban se quedaban llenos de estupor y admiración.¹⁷ De Susana, en fin, leemos que tuvo un físico sumamente delicado y bello.¹⁸ Y también leemos que Job, después de las diversas tentaciones y tribulaciones que soportó, además de los demás premios que mereció por su suprema paciencia, recibió de parte del Señor tres hijas hermosísimas, mucho más encantadoras que las tres Gracias, pues nunca se encontraron en ninguna parte de la tierra mujeres más bellas que sus hijas.¹⁹ Podremos además leer las historias de las santas vírgenes e indudablemente nos quedaremos maravillados al ver la admirable belleza y la vistosísima hermosura, superior a la de las restantes hijas de los hombres, que la Iglesia Católica les atribuye cuando canta solemnemente sus alabanzas.²⁰ Pero, con mucho, la principal de todas ellas es la inmaculada Virgen María, la madre de Dios, cuya hermosura admiran el sol y la luna [57–59].

Como se ha podido comprobar, las menciones que se hacen en ese extenso elenco de mujeres hermosas, predominantemente del Antiguo Testamento, son muy escuetas y simples (alejadas de las que aparecen en otras obras y catálogos al uso) y, en general, tan solo hacen referencia a la hermosura de su cuerpo, es decir, al aspecto externo que tiene que ver con la materia y forma que configuran su ser femenino.

3.2 Mujeres honestas, piadosas, fuertes y firmes en la fe

Sin embargo y como adelantábamos más arriba, además de la belleza, la mujer, según Agrippa, también recibió una especie de dignidad derivada de la honestidad. El desarrollo de este tópico, que resulta muy importante para Agrippa y, por tanto, es bastante extenso, se realiza en dos direcciones: desde el punto de vista de los dones naturales que posee la mujer y desde los testimonios que nos

¹⁴ I Re. 1.3–4 y 15.

¹⁵ Est. 1.11.

¹⁶ Est. 2.17.

¹⁷ Jdt. 8.7.

¹⁸ Dan. 13.31.

¹⁹ Job 42.15.

²⁰ No sabemos a qué mujeres se refiere Agrippa. En las notas de la edición latina de 1990, se afirma que se puede pensar en la Sulamita del *Cantar de los Cantares* (6, 9) y en la mujer del *Apocalipsis* (12,1): una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas.

proporcionan las Sagradas Escrituras. En este contexto Agrippa habla de ciertas cualidades o dones inherentes a la propia naturaleza de la mujer y derivados de su esencia femenina. Ahí está el hecho –según Agrippa, probado por la experiencia e ilustrado con ejemplos sacados de la Historia Antigua y de la Biblia– de que la mujer siempre atesora mayor piedad (con especial hincapié en la piedad filial) y compasión que el varón y de que a la hora de atender a los enfermos la mujer demuestra mayor destreza y resolución. Un testimonio paradigmático, extraído de las Sagradas Escrituras y otros dos sacados de la literatura clásica proporcionan mayor consistencia al argumento:

Por ello, como afirman los médicos, el calor de sus mamas, aplicado al pecho de los hombres debilitados ya por una excesiva vejez, despierta en ellos el calor vital, lo aumenta y lo conserva, cosa que ni siquiera a David se le pasó por alto, pues escogió en su vejez a la joven sunamita Abisag para calentarse con sus abrazos [62].²¹

Una prueba de ello la leemos en Valerio a propósito de una jovencita plebeya que alimentó con su leche a su madre, pues, encarcelada como estaba, si no la hubiera amamantado, habría muerto de hambre: por su piedad filial salvó a la madre, consiguió alimentos perpetuos para ambas y la cárcel fue consagrada como un templo a la piedad [61–62].²²

Y si buscamos *ejemplos* de piedad filial, entre otros tenemos la piedad de la vestal Claudia para con su padre²³ y la de aquella jovencita plebeya, antes citada, para con su madre [74].²⁴

Seguidamente, y como otro de los dones concedido a la mujer se destaca por parte de Agrippa la posesión de la virtud de la fe. En este caso, la alusión es a un colectivo de mujeres, que sobresalen en el texto bíblico por su comportamiento de fidelidad y desprendimiento:

También Cristo, al resucitar de la muerte, se apareció primero a las mujeres, no a los varones.²⁵ Y no es cosa desconocida que tras la muerte de Cristo los varones abandonaron la fe, mientras que no consta en parte alguna que las mujeres se apartaran de la fe y religión cristianas.²⁶ Además, ninguna persecución de la fe, ninguna herejía, ningún error en la fe brotó nunca de las mujeres. . . [Cristo] fue negado por su querido Pedro, abandonado por los demás discípulos y sólo acompañado por las mujeres a la cruz y al sepulcro [67].²⁷

21 I Re. 1.1–4.

22 Cf. Valerio Máximo 5.4.7; aquí no se señala que la prisión fuese consagrada como templo de la piedad.

23 Cf. Valerio Máximo 5.4.6. La vestal Claudia fue acusada erróneamente de haber violado su voto de castidad. Ella pudo justificarse por un prodigio que relata Ovidio en *Fastos* (IV, 305–344).

24 Cf. Valerio Máximo 5.4.7.

25 Cf. Jn. 20.11–18; Mc. 16.9–10.

26 Cf. Mt. 26.56 y 28.1.

27 Cf. Lc. 23.27 y 24; Mc. 15.40–41.

Junto a los dones de la piedad y de la fe, Agrippa alude a otra de las cualidades que distingue al sexo femenino sobre el masculino: la fortaleza, a la que se une en muchas ocasiones la astucia y la audacia. En esta ocasión, la exposición se realiza de manera diferente, contraponiendo al representante del sexo masculino con cada mujer, sin mencionar el nombre concreto de esta. Los ejemplos están sacados del texto bíblico, incluyendo el de Cristo. Así, son mencionados Adán, Sansón, Lot, David, Salomón, Job, el apóstol Pedro y, como hemos dicho, el propio Cristo. Todos estos personajes son superados por las mujeres en fortaleza y astucia.²⁸ En algunos casos, la mujer utiliza técnicas seductoras, que se hallan en los límites de la iniquidad; por ello, Agrippa introduce un *excursus* en el que, apoyándose en el testimonio de las Sagradas Escrituras, alaba el comportamiento de las mujeres que, en palabras suyas, “alguien podrá decir que mira más al oprobio que a la alabanza del sexo femenino”. Por otra parte, resultan contundentes las palabras con las que cierra este *excursus* justificativo:

Id ahora vosotros, varones fuertes y robustos, las cabezas de la Escolástica, impregnadas de la diosa Palas y unidas por tantos flecos del birrete,²⁹ y demostrad con otros tantos *ejemplos* la tesis contraria a la mía: que la iniquidad del varón es mejor que las buenas acciones de la mujer [70].

Aunque aparece en páginas posteriores, Agrippa dedica unas líneas a las mujeres que, firmes en su fe y con desprecio de la muerte, han sufrido el martirio; o mujeres que han demostrado, aparte de su piedad, su valentía en la defensa de la fe, llegando a convertir al Cristianismo a pueblos enteros: “¿Y acaso Teodelina, hija del rey de los bávaros, no convirtió a los longobardos; y Greisila, hermana del emperador Enrique I, no convirtió a los húngaros; y Clotilde, hija del rey de los burgundios, no convirtió a los francos; y cierta mujer apóstol, de ínfima condición, no convirtió a los íberos³⁰? ¿Acaso todas ellas, una a una, no convirtieron a innumerables pueblos a la fe de Cristo?” [77].

28 Alusión a Juana, “la mujer Papa que engañó (a la Iglesia) con una egregia impostura”.

29 Cf. Erasmo, *Stult. laus* 53.

30 Teodelina (o Teodelinda), bávara, católica e hija del duque de Baviera, se casó en el año 590 con Autario, rey de los lombardos. Pronto quedó viuda y, siguiendo los consejos del papa Gregorio I, escogió para casarse en 591 al duque de Turín, Agilulfo, primer rey longobardo; Teodolinda, emprendió la conversión de sus súbditos con ayuda del papa Gregorio I. Gisela (en el texto Greisila) de Baviera, casó con el rey Esteban de Hungría (ca. 975–108), a condición de que dicho rey propagara el catolicismo en su reino. Clotilde (santa) se casó con Clodoveo, convirtiendo al cristianismo a su esposo y a todo el pueblo franco. La mujer apóstol citada podría ser Egeria (siglo IV), supuestamente de la provincia romana de *Gallaecia*, aunque no cuadra lo de su “ínfima condición”.

3.3 Modelos de mujeres castas y fieles en el matrimonio

Agrippa finaliza este apartado referido a la dignidad y honestidad de la mujer, con la “obligada” mención al amor conyugal y al mantenimiento de la castidad y el pudor, que no son quebrantados por las mujeres ni siquiera a la hora de la muerte. En este caso, el humanista alemán echa mano de modelos archiconocidos de mujeres, citados “en los libros de historia de los hebreos, de los griegos y de los bárbaros”, además de los ejemplos extraídos de la historia romana:

Innumerables son hasta la fecha las ilustrísimas mujeres que con su insigne pudor superaron muy mucho a todos los varones también en amor conyugal, por ejemplo: Abigail, esposa de Nabal;³¹ Artemisia, la mujer de Mausolo;³² Argia, la esposa del tebano Polinices;³³ Julia, la mujer de Pompeyo;³⁴ Porcia, la de Catón;³⁵ Cornelia, la de Graco;³⁶ Mesalina, la de Sulpicio;³⁷ Alcestis, la de Admeto;³⁸ Hipsicratea, esposa de Mitrídates, rey del Ponto;³⁹ y también Dido, la fundadora de Cartago;⁴⁰ la romana Lucrecia;⁴¹ y Sulpicia, la

31 Cf. I Sam. 25.

32 Su dolor a la muerte de Mausolo fue evocado por Cicerón, *Tusc.* 3.75 y recogido por A. Gelio en *Noches Áticas*, 10.18.

33 Estacio cuenta en *Tebaida* 12.296 el dolor de Argia, hija del rey Adrasto y esposa de Polinices, mientras que busca los restos de su esposo, a los que rinde los honores fúnebres con Antígona.

34 Hija de Julio César y de Cornelia (cf. Valerio Máximo 4.6.4; Plutarco, *Pomp.* 53.3–4.): murió al ver ensangrentado el abrigo de su marido. Lo creyó muerto, mientras que solo había sido salpicado de la sangre de otro.

35 Porcia es hija de Catón, no su esposa. El marido de Porcia es Bruto. Ella, al saber que su esposo había sido vencido y muerto en Filipos, a falta de puñal para matarse, se tragó unos carbones encendidos (cf. Valerio Máximo 4.6.5). Agrippa parece tener una confusión entre Marcia, mujer de Catón y Porcia, su hija, mujer de Bruto. Tanto una como otra pueden ser citadas como ejemplos de amor conyugal. Para la primera, Plutarco, *Cato Minor*, xxv y Lucano, *Farsalia* II. Para la segunda Plutarco, *Brutus* (particularmente XIII, xv y xxiii).

36 Cornelia es la madre de los Gracos; aunque es sobre todo célebre como madre, Cornelia dio prueba de su amor conyugal haciendo suyas las ideas democráticas de su marido Sempronio y permaneciendo fiel a su acuerdo (cf. Valerio Máximo 4.2.3, 4.4. *prol.*, 4.6.1, 6.7.1).

37 No identificada. Las dos Mesalinas conocidas son célebres tanto una como otra por los escándalos de sus vidas (cf. Jerónimo, *Adv. Iov.* 1.46).

38 La devoción conyugal de Alcestis es la materia de una tragedia de Eurípides que lleva su nombre (cf. Valerio Máximo 4.6.1).

39 Hipsicratea, esposa de Mitrídates, rey del Ponto, a quien siguió en el campo de batalla, vistiendo como soldado y compartiendo sus pruebas como un veterano: ejemplo legendario de amor conyugal desde Valerio Máximo a Petrarca (cf. Valerio Máximo 4.6. *ext.*2).

40 Dido es citada aquí por su fidelidad a la memoria de su marido Siqueo. Cf. Virgilio, *Aen.* 1. 347–368; 724–726; 6.474.

41 Lucrecia se entrega a la muerte, no pudiendo soportar haber sido violada por Tarquinio; su acción fue referida frecuentemente por los historiadores latinos.

mujer de Léntulo.⁴² Incontables son también otras cuya lealtad a la virginidad y a la castidad no pudo ser quebrada ni siquiera con la muerte; se presentan como ejemplos la caledonia Atlanta, la volsca Camila, la griega Ifigenia, Casandra y Criseida.⁴³ Se suman a ellas las vírgenes lacedemonias, espartanas, milesias y tebanas [73–74].

En el ámbito del amor conyugal tiene cabida, en opinión de Cornelio Agrippa, otra de las cualidades que sobresalen en el sexo femenino, como es la generosidad, llevada a límites de permisividad “excesiva” en el seno del matrimonio: “Y es que las mujeres, por su pudor y castidad, son mucho más continentas que los varones. Leemos de ellas que, por haber sido estériles, a menudo se abstuvieron de acoplarse con sus maridos y les llevaron a otras mujeres a la cama, tal y como hicieron Sara, Raquel, Lea⁴⁴ y otras muchas estériles, que llevaron a sus criadas a la cama de sus maridos para que les dieran descendencia” [72–73].

3.4 Oficios y menesteres ejercidos por mujeres: sacerdocio, profecía, magia . . .

Un apartado importante en el *De nobilitate* de Cornelio Agrippa lo constituye el referido a los oficios o menesteres que las mujeres pueden realizar de manera tan solvente como los hombres, así como en el ejercicio de algún tipo de virtud. De esta manera se expresa nuestro autor: “Pero para que nadie albergue dudas de que las mujeres pueden hacer todas las cosas que los hombres hacen, lo demostraremos con *ejemplos* y desvelaremos que nunca ha habido ninguna acción egregia realizada por los varones en algún tipo de virtudes que no haya sido también ejercida con igual brillo por las mujeres” [77]. En este sentido, están las

42 Sulpicia había sido escogida en el año 114 (a. C.) como la esposa romana más virtuosa, para presentar a Venus la estatua que el oráculo había ordenado ofrecer a la diosa a fin de que esta inspirara más pudor a las mujeres. Otra Sulpicia vivió a finales del siglo I (d. C.) y compuso un poema sobre el amor conyugal, que cita Marcial con elogio (x, 35) pero esta era mujer de Caleno (cf. Valerio Máximo 6.7.3).

43 Atlanta (o Atalanta) es llamada por Agrippa “caledonia” porque participó en la caza del jabalí de Calidón, en el curso de la cual jugó un papel importante; Artemisa (Diana) era su patrona y ella permaneció virgen. Camila, reina de los Volscos, combatió al lado de Turno (cf. Virgilio, *Aen.* xi, 535 ss.); protegida por Artemisa, a la que su padre había dedicado cuando era todavía una niña, hizo un voto a la virginidad. Criseida, hija del sacerdote troyano Crises, al comienzo de la Iliada; la fuente probable de Agrippa parece Jerónimo, *Adv. Iov.* 1.41. Ifigenia, hija de Agamenón y Clitemnestra, ofrecida en sacrificio por su padre a Artemisa. Casandra, hija de Príamo y Hécuba.

44 Sobre Sara, cf. Gén. 16.2; sobre Raquel, cf. Gén. 30.3; sobre Lea, Gén. 30.9.

mujeres que han ejercido el sacerdocio, principalmente en el ámbito pagano: “Brillaron en el sacerdocio antiguamente, entre los gentiles, Melisa, sacerdotisa de Cibeles⁴⁵ . . . Asimismo, Hipecaustria fue sacerdotisa de Minerva;⁴⁶ Mera, de Venus;⁴⁷ Ifigenia, de Diana;⁴⁸ y mujeres fueron las sacerdotisas de Baco, famosas bajo múltiples nombres, como Tíades,⁴⁹ Ménades,⁵⁰ Bacantes,⁵¹ Eliades,⁵² Mimalónides,⁵³ Edónides,⁵⁴ Euíades,⁵⁵ Basárides,⁵⁶ Triatérides”⁵⁷ [77]. También se habla de María, hermana de Moisés, de la mujer papisa y de las monjas y abadesas, “a las que la antigüedad ha rehusado llamar sacerdotisas”.

Tras las sacerdotisas, se relacionan las profetisas. Estas aparecen en dos momentos del *De nobilitate*. En el primero, mezcla de profecía y fe en Dios (en los personajes bíblicos), se mencionan las sibilas según el testimonio de Lactancio, Eusebio y Agustín;⁵⁸ María, hermana de Moisés;⁵⁹ Olda, esposa del tío de Jeremías;⁶⁰ Judit, Rut y Ester; Sara, esposa de Abraham;⁶¹ Rebeca;⁶² la viuda

45 Melisa, hija del rey de Creta, fue la primera sacerdotisa de Cibeles (cf. Lactancio, *Inst.* 1.22.20).

46 Hipecaustria no es un nombre propio. Se trata del título que se le daba a una sacerdotisa de Minerva en la ciudad de Soli (Cilicia) por ciertos sacrificios que hacía para apartar las desgracias públicas (cf. Plutarco, *Aet. Graec.* 3 (*Mor.* 292A)).

47 Cf. Estacio, *Theb.* 8.478.

48 Ifigenia, sacerdotisa de Artemisa (Diana) en Táuride.

49 Cf. Plutarco, *Mul. Virt.* 13 (*Mor.* 249E–F); Aristófanes, *Nub.* 603 ss.; Sófocles, *Ant.* 1149–1152.

50 Cf. Marcial 11.84.11.

51 Cf. Ovidio, *Fast.* 6.507.

52 Cf. Ovidio, *Her.* 4.47.

53 Cf. Ovidio, *Ars* 1.541; Estacio, *Theb.* 659.

54 Cf. Lucano 1.675.

55 Cf. Horacio, *Carm.* 1.18.9; 3.25.8.

56 Cf. Sidonio Apolinar, *Carm.* 5.496–497; 9.209–210.

57 Cf. Estacio, *Theb.* 4.729. Esta retahíla de nombres y tipos de Ménades puede haber sido tomada de Celio Rodigino, *Antiq. Lect.* 16.2; también la encontramos en Ravisio Téxtor, *Epithetorum epitome*, s.v. *Bacchae*.

58 Cf. Lactancio, *Inst.* 7.16; Eusebio de Cesarea, *Oratio Constantini ad Sanctorum Coetum* 18; Agustín, *Civ.* 18.23. La creencia en las sibilas es general al principio del siglo XVI. Sinforiano Champier le dedica el tercer libro de su *Nef des Dames Vertueuses*, Lyon, 1503.

59 Debe ser Miriam, la hermana de Aarón, cf. Éx. 15.20.

60 Se trata de Holda, esposa de Salum (cf. II Re. 22.14 ss.; II Crón. 34.22 ss. Agrippa comete aquí otro error: la profetisa Olda no es la mujer del tío de Jeremías).

61 Gén. 21.12.

62 Gén. 25.23.

de Sarepta;⁶³ Isabel, esposa de Zacarías;⁶⁴ la profetisa Ana;⁶⁵ las cuatro hijas de Felipe;⁶⁶ la samaritana;⁶⁷ la cananea;⁶⁸ y la mujer que sufría flujo de sangre;⁶⁹ Marta, hermana de María;⁷⁰ María Magdalena;⁷¹ y Priscila.⁷² En el segundo se añaden a estos ejemplos, los de Casandra y Débora y los testimonios más recientes de Brígida e Hildegarda.⁷³

A continuación, se citan las magas: “Asimismo, en la magia, ciencia inexpgnable de los buenos o malos genios, además de otras que hubo, Circe y Medea efectuaron prodigios mucho más admirables que el propio Zoroastro, por más que muchos lo consideren inventor de este arte”⁷⁴ [78].

Hay también mujeres que han destacado en el mundo de la filosofía, la oratoria y la poesía:

Asimismo, en filosofía fueron famosas Téana, la esposa de Pitágoras y, en fin, también su hija Dama, célebre por haber explicado las oscuras opiniones de su padre.⁷⁵ Igualmente,

63 Cf. I Re. 17.8–24; Lc. 4.26.

64 Lc. 1.45.

65 Lc. 2.36.

66 Hch. 21.9.

67 Cf. Jn. 4.1–32.

68 Cf. Jn. 4.1–32.

69 Cf. Lc. 8.43–48; Mt. 9.20–22; Mc. 5.25–34.

70 Cf. Jn. 11.14–37.

71 María Magdalena sirve y sigue a Jesús, que le había liberado de siete demonios (Lc. 8.2); está en el Calvario (Mt. 27.55–61; Mc. 15.40; Jn. 19.25); junto al sepulcro de Jesús (Mt. 28.1–8; Mc. 15.47, 16.1–8; Lc. 24.10; Jn. 20.1); se le aparece Jesús resucitado (Mc. 16.9; Jn. 20.11–17); anuncia la resurrección a los apóstoles (Lc. 24.10; Jn. 20.18).

72 Cf. Hch. 18.24–28.

73 Sobre la profetisa Casandra, cf. Virgilio, *Aen.* 5.636; Débora, cf. Gén. 35. Brígida puede ser Santa Brígida de Kildare o Irlanda (ca. 451–525), monja, abadesa y fundadora de varios conventos; o Santa Brígida de Suecia (1303–1373), viuda de un rey de Suecia, célebre por sus revelaciones; religiosa y mística sueca, fundadora de la orden que lleva su nombre. Santa Hildegarda de Bingen (1098–1179), abadesa benedictina, célebre por sus visiones, nacida en Bermesheim, es conocida como la Sibila del Rin y profetisa teutónica.

74 Cf. Diógenes Laercio 1.2 y 8. Sobre ello, cf. Agrippa, *De occult. phil.* 1.41. Agrippa recuerda en su *De occulta Philosophia* (1, 41) la metamorfosis de los compañeros de Ulises en medio de otros testimonios sobre el poder de magos y magas. Él cita entre estos no solo a Virgilio, Lucano y Apuleyo, sino también una anécdota digna de respeto pues se debe a San Agustín, que cuenta haber escuchado decir que existe en Italia magas que transforman a los hombres en bestias de carga para llevar sus enseres y los devuelven a su forma humana cuando han terminado su trabajo.

75 Cf. Diógenes Laercio 8.42.

Aspasia y Diotima, discípulas de Sócrates,⁷⁶ y Mantinea y Filesia de Axioco, ambas discípulas de Platón.⁷⁷ Plotino, en fin, ensalza a Gémina y Anficlea.⁷⁸ Lactancio alaba a Temista.⁷⁹ La Iglesia Cristiana salta de gozo con Santa Catalina, pues ella sola superó sobradamente en todo tipo de ciencias a los sabios de su época.⁸⁰ Y no debe olvidársenos en este lugar Zenobia, discípula del filósofo Longino, que por su amplia y brillante destreza literaria recibió el apelativo de Efinisa, cuyas obras sacrosantas las tradujo al griego Nicómaco. . .⁸¹ Pasemos a la oratoria y a la poesía, donde se nos ofrecen Armesia, apodada Andrógina,⁸² Hortensia,⁸³ Lucrecia,⁸⁴ Valeria,⁸⁵ Copiola,⁸⁶ Safo, Corina,⁸⁷ la romana Cornificia,⁸⁸ Erinna de Telos o Lesbos, que fue apodada “la epigramista”.⁸⁹ Y en Salustio se cita a Sempronía⁹⁰ y, entre los juriconsultos, a Calpurnia⁹¹ [78–79].

76 Aspasia de Mileto, famosa por su belleza, fue consejera de Pericles. Diotima, sacerdotisa de Mantinea, es de quien Sócrates toma su concepción del amor (cf. Platón, *Conv.* 201d).

77 Agrippa parece confundir y mezclar los nombres. Posible alusión a Axiótea de Fliunte y Lastenia de Mantinea, ambas discípulas de Platón (cf. Diógenes Laercio 3.46 y 4.2).

78 Cf. Porfirio, *Vita Plotini* 9.

79 Cf. Cicerón, *Fin.* 2.68; Lactancio, *Inst.* 3.25. Mujer de un filósofo epicúreo de Lamsaco. Epicuro le había dedicado una obra.

80 Quizás Santa Catalina de Alejandría (siglo IV) o Santa Catalina de Siena (1347–1380), Doctora de la Iglesia Católica.

81 Casio Longino (ca. 213–273 d.C.) fue un retórico y filósofo neoplatónico, consejero de los gobernantes de Palmira (Siria), Septimio Odenato y Zenobia. Apoyó a Zenobia en su intento de obtener la autonomía de la ciudad, pero el nuevo emperador Aureliano hizo fracasar dicho empeño, perdonando luego a Zenobia, pero ejecutando a sus consejeros, entre ellos a Longino. Nicómaco tradujo cartas de Zenobia (cf. Vopisco, *Historia Augusta, Vit. Aurel.* 27.6). Boccaccio cita a una Zenobia, discípula de Longino (cf. *De claris mulieribus* 100.14).

82 Cf. Valerio Máximo 8.3.1. Armesia es una variante de los manuscritos por Maecia, de la que Valerio Máximo escribe “*Maesia Sentinas (= de Sentinum o Sassoferato) rea causam . . .*”

83 Cf. Valerio Máximo 8.3.3; Boccaccio, *De claris mulieribus* 84. Hija del orador Hortensio, rival de Cicerón.

84 Las distintas ediciones transmiten bien Lucrecia, bien Lucera. Puede tratarse de la Luceia que, como la Copiola, citada después, eran famosas actrices de mimo (cf. Plinio, *Nat.* 7.158). Lucrecia, esposa de Tarquinio Colatino, célebre por su virtud.

85 Cf. Plutarco, *De claris mulieribus* 14 (*Mor.* 250A). Valeria, hija de Diocleciano (Plin. 7, 16, 15). Un defecto de nacimiento fue presagio de desgracias.

86 Galeria Copiola es una actriz de intermedios o entremeses (*emboliaría*) en Roma (cf. Plinio, *Nat.* 7.158).

87 Corina es una poetisa griega que rivalizó con Píndaro (cf. Pausanias 9.22.3).

88 Cornificia es hermana del poeta y orador Cornificio y autora de notables epigramas conservados aún en época de Suetonio (cf. Suetonio, *De poet.* 22).

89 Erinna es una poetisa contemporánea de Safo, autora de epigramas, conservados algunos en la *Antología Griega* 6.352, 7.710 y 712.

90 Salustio (*Cat.* 25) dice de ella: *litteris graecis et latinis docta, psallere, saltare elegantius quam necesse est probae.*

91 Calpurnia puede ser la culta mujer de Plinio el Joven, *Epist.* 6.4, 6.7, 7.5.

Asimismo, las mujeres son las mejores educadoras y, como maestras del hablar bien, son las que mejor enseñan las primeras letras a los niños: “¿No fue su madre, Cornelia, la que modeló la elocuentísima lengua de los Gracos?⁹² ¿Y a Siles, hijo del Aripitis, rey de la Escitia, no le enseñó la lengua griega su madre, que era natural de Istria?⁹³ Y los niños nacidos en las colonias introducidas en pueblos extranjeros, ¿acaso no han conservado siempre la lengua de sus madres?”. En resumen, concluye Agrippa: “¿Y qué decir del hecho de que las mujeres, por su sola naturaleza, parecen superar fácilmente a los expertos de todas las disciplinas . . ., sean estas la poesía, la dialéctica, la aritmética, la música, la astrología o la medicina? Ahí están los ejemplos del propio Sócrates que, siendo ya muy viejo, no rechazó aprender aun algo de una mujer, Aspasia,⁹⁴ igual que tampoco el teólogo Apolo vaciló en ser instruido por Priscila”⁹⁵ [79–80].

Igualmente, las mujeres han sido inventoras de cosas, fundadoras de imperios y ciudades y excelentes guerreras:

Respecto a los inventos de las cosas, sirven de ejemplo Isis, Minerva y Nicóstrata.⁹⁶ En la fundación de imperios y ciudades, podemos citar a Semíramis, que ocupaba el reino de todo el mundo, a Dido y a las Amazonas.⁹⁷ En las contiendas guerreras, podemos citar a Tomiris, reina de los masagetas, que venció al rey persa Ciro;⁹⁸ y también a Camila, del pueblo volsco,⁹⁹ y a Valisca, de Bohemia,¹⁰⁰ ambas reinas poderosas; asimismo, a Pande,

⁹² Cf. Cicerón, *Brut.* 104; Quintiliano, *Inst.* 1.1.6.

⁹³ Cf. Herodoto 4.78. *Istrinei mater: Istrinei* no es un nombre, sino que quiere decir “originaria de Istria o Istropolis, colonia griega”.

⁹⁴ Cf. Plutarco, *Vit. Pericl.* 34.3–6; Platón, *Menex.* 236b, 237e–238b; Ateneo 576d, 569F, 589d–e.

⁹⁵ Cf. Hch. 18.24–26.

⁹⁶ Para los egipcios la diosa Isis es la inventora de la agricultura. Minerva es inventoras de la guerra (cf. Cicerón, *Fin.* 3.53) y de todas las artes en general. Nicóstrata es considerada inventora de las letras latinas y muy erudita en las griegas, además de ser la parca que presidía el nacimiento (cf. Plutarco, *Romulus*, 21).

⁹⁷ Semíramis, reina de la antigua Asiria. Dido, reina de Cartago. Las Amazonas es un pueblo legendario de mujeres guerreras de la mitología clásica.

⁹⁸ Tomiris (siglo VI a.C.), reina de los masagetas, pueblo escita al oriente del Mar Caspio. Ciro quiso casarse con ella, pero, al verse rechazado, invadió el país de Tomiris, que acabó venciendo al rey persa (cf. Herodoto 1.205–214).

⁹⁹ Camila crece con su padre, el rey Metabo, en los bosques virilmente, pero con gran belleza y encanto. En el libro XI (vv. 555–560) de la *Eneida* es aliada de Turno, rey de los rútuos, y asesinada por el etrusco Arrunte.

¹⁰⁰ El nombre de Ulasca (Vlasca) o Valasca, es citado por Silvio Piccolomini en su *Historia Bohemica* (1532) como una moderna amazona de Bohemia. El obispo Oloa Magno (siglo XVI) en su *Historia de gentibus septentrionalibus* (1558 o 1562) cita en la página 166 a Libusa, Valisca y Visna como mujeres guerreras entre los vándalos.

de los indos,¹⁰¹ a las Amazonas, a las Candaces¹⁰², a las mujeres de Lemnos, de los focenses, de Quíos y de Persia [81].

Como regidoras de imperios y ciudades, las mujeres a lo largo de la historia y en diferentes lugares han dado muestra de las virtudes o valores propios de los buenos regentes, como son la prudencia y el patriotismo: ellas han sido las que “devolvieron la salvación al conjunto de su nación cuando esta se encontraba ya en la situación más desesperada”. En cuanto a la prudencia están los ejemplos de Opis, que fue incluida entre las diosas;¹⁰³ Plotina, esposa de Trajano;¹⁰⁴ Amalasantha, reina de los ostrogodos;¹⁰⁵ Emilia, la mujer de Escipión;¹⁰⁶ Débora, mujer prudentísima, esposa de Labidot; Atalía, que ejerció la justicia en Jerusalén;¹⁰⁷ Semíramis, que juzgó a los pueblos durante cuarenta años;¹⁰⁸ todas las reinas Candaces de Etiopía, que reinaron con suma prudencia y poder;¹⁰⁹ Nicaula, reina de Saba,¹¹⁰ y una mujer muy sabia en Tecoá, que puso en aprietos al rey David con sus preguntas,¹¹¹ sin omitir a Abigail y Bet-sabé.¹¹² Entre las mujeres patriotas que salvaron a sus pueblos de la destrucción figuran la viuda Judit; Ester, esposa del rey Asuero; Veturia, madre de Coriolano;¹¹³ Artemisia, que capturó la flota a los rodios;¹¹⁴ y “una joven muy noble, que en el año 1428, cuando el reino de Francia estaba ocupado por los

101 Cf. Plinio, *Nat.* 6.76.

102 Cf. Hch. 8.27.

103 Cf. Virgilio, *Aen.* 11.836–867; Ovidio, *Met.* 9.498. Ninfa del séquito de Diana. Virgilio evoca la venganza de Camila.

104 Cf. Plinio, *Paneg.* 83.5–8; Espartiano, *Historia Augusta, Hadr.* 2.10; 4.1, 4, 10; 5.9; 12.2. Plinio hace de ella grandes elogios en el Panegírico de Trajano, pero su virtud fue objeto de sospecha por Dión y Espartiano en la *Historia Augusta*.

105 Amalasantha (ca. 495–535), hija de Teodorico, fue reina de los ostrogodos y madre de Atalarico.

106 Tercia Emilia, hija de Paulo Emilio y esposa de Escipión el Africano, madre de Cornelia, famosa por su fidelidad conyugal (cf. Valerio Máximo 6.7.1).

107 Cf. II Re. 11.1–3 y II Crón. 22.10–12.

108 Cf. Diodoro Sículo 2.4–22.; 3.1–3; Luciano, *De dea Syria* 14, 33 y 34; Porfirio, *Abst.* 3.17; Atenágoras, *Legat. pro Christ.* 76.

109 Cf. Hch. 8.27.

110 Cf. I Re. 10.1; Mt. 12.42.

111 Cf. II Sm. 14.2. Math. 12, Luc. 11.

112 Cf. I Sam. 25.32–36; I Re. 1.17 y 29–31.

113 Cf. Livio 2.40.1.

114 Se trata de Artemisia II de Caria (siglo IV a.C.) mujer de Mausolo. Los rodios decidieron conquistar la capital de Caria, Halicarnaso, y ocuparon el puerto del este, pero sin poder ver lo que pasaba al oeste. Así, Artemisia los sorprendió, capturó su flota y les obligó a rendirse. Se dirigió entonces a Rodas con los navíos capturados y, pensando que los suyos volvían a casa,

ingleses, los venció en muchísimos combates y restituyó al rey de Francia su reino cuando ya estaba perdido.¹¹⁵

Si hasta este momento los ejemplos aducidos por Agrippa se refieren, en general, a mujeres concretas de la Biblia y de la historia pagana, acercándose al final de la obra y para demostrar que la mujer es el sostén del género humano y la salvadora de los pueblos y naciones, el humanista alemán aduce modelos colectivos del comportamiento de la mujer. Así son resaltadas las virtudes de las mujeres sabinas, el valor de las matronas romanas frente a los volscos, o las acciones de las mujeres persas en la guerra que Ciro sostuvo contra Astiages. Igualmente, son incluidas las leyendas sobre las costumbres que mantenían los pueblos de Getulia, Bactres y Galecia, así como las de los cántabros, escitas, tracios, galos y celtas, costumbres que ponen de manifiesto la nobleza, dignidad y superioridad del sexo femenino [86–87].

En otro orden de cosas y diríamos que “rizando el rizo”, Agrippa vincula las denominaciones de las virtudes y de las partes importantes de la tierra al sexo femenino: “A ello se suma incluso el hecho notable de que también el orbe de las tierras toma sus denominaciones de nombres de mujeres, a saber, de la ninfa Asia¹¹⁶; de Europa, hija de Agénor¹¹⁷; de Libia, hija de Épafo, que también se denomina África”¹¹⁸ [75].

4 Reflexión final

Como hemos ido viendo a lo largo de estas páginas, Cornelio Agrippa, en la elaboración del *De nobilitate* y siguiendo la estructura de una *declamatio* humanística, introduce en los diferentes pasos de su exposición distintos argumentos en los que apoya su tesis principal: la mujer no es, contrariamente a las afirmaciones tradicionales de la Iglesia, inferior al hombre, sino igual; incluso más, la

los rodios no opusieron resistencia. De este modo, los carios ocuparon de nuevo Rodas (cf. Vitruvio 2.8.14–15. Cf. Cic. *Tusc.* 3, 75).

115 Se trata de Juana de Arco (1412–1431), también conocida como la Doncella de Orleans. Su ejemplo ya había sido aducido por Christine de Pisan en su “Poème à la Pucelle” y evocada como una nueva amazona.

116 Cf. Herodoto 4.45.

117 Europa, mujer fenicia de Tiro, fue seducida por Zeus transformado en toro y la llevó a Creta; sin embargo, según Herodoto, fue secuestrada por los cretenses (cf. Apolodoro, *Bibl.* 2.1.5, 2.5.7, 3.1.1 ss., 3.4.2; Diodoro Sículo 4.60.3, 5.78.1; Ovidio, *Met.* 2.833–875; Herodoto 1.2).

118 Cf. Herodoto 4.45; Apolodoro, *Bibl.* 2.1.4; Higino, *Fab.* 149, 157 y 160; Pausanias 4.23.10.

mujer –sigue afirmando Agrippa– supera al hombre en los demás constituyentes del ser humano. Tal afirmación que vertebra la obra del humanista alemán se verá probada, según el caso, por los testimonios de las mejores autoridades, evidencias históricas, argumentos bíblicos y legales y *ejemplos*.¹¹⁹ Es en este último ámbito en el que, de manera muy escueta en la presentación y mezclando paradigmas bíblicos y profanos, Agrippa proporciona una sucesión, bastante desordenada en ocasiones, de modelos de mujeres nobles y preeminentes en los distintos ámbitos tratados.

El propio Agrippa es consciente de que el elenco de modelos y *ejemplos* de mujer que han aparecido a lo largo de su *declamatio*, como una apoyatura más de su razonamiento, es tan solo una muestra ínfima de la totalidad de mujeres excelentes y brillantes que, sin embargo, por la tiranía ejercida con ellas a través de la historia, han sido relegadas a un rincón oscuro de la historia. Por eso termina diciendo: “¿Quién será capaz de hacer un censo completo de las infinitas alabanzas de las mujeres, a quienes les debemos todo nuestro ser y la conservación del género humano, pues sin ellas moriría irremediablemente en poco tiempo, y de las cuales depende toda familia y Estado?” [82].

Bibliografía

- Agrippa, Enrique Cornelio. 2013. *Declamación sobre la incertidumbre y vanidad de las ciencias y las artes*. Estudio, traducción y notas de Manuel Mañas Núñez. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- Agrippa, Henri Corneille. 1990. *De nobilitate et praecellentia foeminei sexus*. Edition critique d’après le texte d’Anvers 1529, sous la direction de R. Antonioli. Genève: Librairie Droz.
- Agrippa, Enrique Cornelio. 1999. *De la nobleza y preexcelencia del sexo femenino*. Traducción de Santiago Jubany e introducción de Núria García. Mataró: Ediciones Indigo.
- Boccaccio, Giovanni. 2010. *Mujeres preclaras*. Edición y traducción de Violeta Díaz-Corrales. Madrid: Cátedra.
- Chaparro Gómez, César. 2020. *Sobre la nobleza y superioridad del sexo femenino*, de Cornelio Agrippa (1486–1535): un importante eslabón en la lucha contra la misoginia. En Rosa María Martínez y César Chaparro (coords.). *La mujer en la Europa renacentista y en el Nuevo Mundo*, 81–107. Badajoz: Fundación Academia Europea e Iberoamericana de Yuste.
- Perrone Compagni, Vittoria. 2006. L’innocenza di Eva. Retorica e teologia nel *De nobilitate foeminei sexus* di Agrippa. *Bruniana & Campanelliana* 12(1). 59–80.

¹¹⁹ El término *exemplum* (en singular y plural) aparece en una docena de veces a lo largo de la obra de Agrippa.

- Plutarco. 1987. *Obras morales y de costumbres III (Moralia): Virtudes de mujeres*. Introducción y notas de Mercedes López Salvá y María Antonia Medel; traducción de Mercedes López Salvá. Madrid: Cátedra.
- Salazar, Ignacio María. 1988. Ante el quinientos aniversario del nacimiento de Cornelio Agrippa de Nettesheim. En *Filosofía y Ciencia en el Renacimiento. Actas del Simposio celebrado en Santiago de Compostela, del 31 de octubre al 2 de noviembre de 1985*, 123–127. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.
- Valerio Máximo. 1988. *Los nueve libros de hechos y dichos memorables*. Edición de Fernando Martín Acera. Madrid: Akal.